

AMANDA QUICK

Compromiso de conveniencia



P

Compromiso de convenien- cia

Amanda Quick

Traducción de Ana Isabel Domínguez Palomo y María del Mar Rodríguez Barre-
na



Título original: *Otherwise Engaged*

Traducción: Ana Isabel Domínguez Palomo y María del Mar Rodríguez Barrena

1.ª edición: abril 2016

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-415-2

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

*Para Frank, mi héroe romántico
de todos los tiempos*

1

—Señora, ¿por casualidad viaja usted en el *Estrella del Norte*?

Era una voz masculina, con acento británico, educada y cargada de algo que parecía dolor descarnado y consternación. Procedía de la entrada de un callejón cercano. Amity Doncaster se detuvo en seco.

Iba de camino al barco, con sus notas y sus bocetos de la isla guardados en el maletín.

—Sí, viajo en el *Estrella del Norte* —contestó ella.

No hizo el menor intento por aproximarse al callejón. Aunque no veía al hombre oculto entre las sombras, estaba bastante segura de que no era un pasajero del barco. Habría recordado esa voz tan seria y fascinante.

—Necesito que me haga un grandísimo favor —dijo el desconocido.

En ese mismo instante intuyó, sin error a equivocarse, que el hombre sufría un dolor tremendo. Tenía la sensación de que necesitaba de todas sus fuerzas solo para poder hablar.

Aunque claro, a lo largo de sus viajes se había topado con algunos actores fantásticos y no todos ellos se dedicaban a ese oficio de forma profesional. Algunos eran embaucadores y criminales con mucho talento.

Sin embargo, si el hombre estaba herido, no podía darle la espalda.

Bajó la sombrilla y sacó de la cadena de plata que llevaba en torno a la cintura el elegante abanico japonés fabricado expresamente para ella. El *tessen* estaba diseñado para parecer un abanico normal y corriente, pero con sus

afiladas varillas de acero y su país metálico era, en realidad, un arma.

Tras aferrar el *tessen* cerrado, se acercó con recelo a la entrada del callejón. Había visto suficiente mundo como para recelar de un extraño que se dirigiera a ella desde las sombras. El hecho de que, en ese caso, el hombre hablara con un aristocrático acento inglés no garantizaba que no fuese un criminal. El Caribe estuvo en otro tiempo abarrotado de piratas y corsarios. La Marina Real y, más recientemente, la Armada de Estados Unidos habían eliminado dicha amenaza casi en su totalidad, pero no había solución permanente para el problema de los ladrones corrientes y los asaltantes. Había descubierto que eran tan omnipresentes en el mundo como las ratas.

Al llegar a la entrada del callejón, vio que no tenía nada que temer del hombre sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Parecía encontrarse en un apuro. Tendría unos treinta años y su pelo, negro como el azabache, estaba empapado de sudor. El nacimiento de dicho pelo conformaba un pico en la frente y, aunque normalmente lo llevaría peinado hacia atrás, en ese momento colgaba lacio a ambos lados de su cara, enmarcando los ángulos de un rostro de rasgos fuertes e inteligentes que en ese instante lucía una expresión firme y seria. Sus ojos, de color castaño claro, estaban empañados por el dolor. Había algo más en esos ojos, una voluntad feroz y acerada. Ese hombre estaba aferrándose a la vida, literalmente, con uñas y dientes.

Tenía la pechera de la camisa empapada de sangre fresca. Se había quitado la chaqueta, que había doblado y presionaba contra un costado. La presión que ejercía no era suficiente para detener el constante flujo de sangre que manaba de la herida.

La carta que le tendía también estaba manchada de sangre. La mano le temblaba por el esfuerzo de realizar ese pequeño gesto.

Volvió a colocarse el *tessen* en la cadena y corrió hacia él.

—¡Señor, por el amor de Dios! ¿Qué le ha pasado? ¿Lo han atacado?

—Un disparo. La carta. Cójala. —Jadeó por el dolor—. Por favor.

Amity soltó el maletín y la sombrilla, tras lo cual se arrodilló a su lado, haciendo caso omiso de la carta.

—Vamos a echar un vistazo —dijo.

Imprimió a su tono de voz la serena autoridad que su padre siempre había usado cuando hablaba con sus pacientes. George Doncaster afirmaba que dar la impresión de que el médico sabía lo que estaba haciendo infundía esperanza y valor al paciente.

Sin embargo, ese paciente en concreto no estaba de humor para que lo animasen. Tenía un objetivo en mente y lo perseguía con las pocas fuerzas que le quedaban.

—No —replicó entre dientes. Sus ojos la miraron con una ardiente determinación para asegurarse de que ella comprendiera lo que estaba diciendo—. Demasiado tarde. Me llamo Stanbridge. Tengo un pasaje reservado en el *Estrella del Norte*. Pero parece que no conseguiré hacer el viaje hasta Nueva York. Por favor, señora, se lo pido por favor. Es muy importante. Acepte esta carta.

No iba a permitirle que lo atendiera antes de asegurarse de que se encargaría de la carta.

—Muy bien. —Abrió el maletín y guardó la carta en el interior.

—Prométame que se encargará de que la carta le llegue a mi tío en Londres. Cornelius Stanbridge. Ashwick Square.

—Voy de camino a Londres —replicó ella—. Entregaré su carta. Pero ahora debemos atender su herida, señor. Por favor, permítame examinarlo. Tengo alguna experiencia en estos asuntos.

La miró con una expresión fascinante. Por un brevísimo instante, Amity habría jurado atisbar en sus ojos una mirada socarrona.

—Señora, tengo la impresión de que posee usted mucha experiencia en muchos asuntos.

—No lo sabe usted bien, señor Stanbridge. Cuidaré de su carta.

La miró con firmeza durante un instante antes de entrecerrar los ojos.

—Sí —dijo—. Creo que lo hará.

Amity le desabrochó la ensangrentada camisa y apartó la mano con la que él presionaba la chaqueta arrugada contra la herida. Un vistazo le dijo todo lo que necesitaba saber. Tenía una herida en el costado que no paraba de sangrar, pero no se trataba de una hemorragia arterial. Devolvió la mano y la chaqueta a su sitio y se puso en pie.

—La bala lo ha atravesado limpiamente y creo que no hay ningún órgano vital afectado —anunció. Con rapidez, se levantó las faldas de su vestido de viaje y se desgarró las enaguas para hacer unas improvisadas vendas—. Pero debemos controlar la hemorragia antes de llevarlo al barco. La isla no cuenta con atención médica moderna. Me temo que tendrá que apañárselas conmigo.

Stanbridge murmuró algo ininteligible y cerró los ojos.

Amity usó una de las tiras de tela más largas para hacer una gruesa compresa. Después, volvió a apartarle la mano y la chaqueta del costado. Tras unir los bordes de la herida lo mejor que pudo, colocó la venda sobre la piel y lo instó a ejercer presión con la mano para mantenerla en su sitio.

—Apriete con fuerza —le ordenó.

Él no abrió los ojos, pero su fuerte mano aferró con decisión los bordes de la tela.

Sin pérdida de tiempo, Amity le pasó dos tiras de tela alrededor de la cintura y las ató para mantener la compresa en su sitio.

—¿Dónde ha aprendido a hacer esto? —masculló Stanbridge, sin abrir los ojos.

—Mi padre era médico, señor. Crecí en un hogar donde la medicina era el tema de conversación habitual durante las comidas. Lo ayudaba a menudo en su trabajo. Además, viajé por todo el mundo con él mientras estudiaba distintas formas de practicar la medicina en tierras extrañas.

Stanbridge logró abrir un poco los ojos.

—Desde luego, este es mi día de suerte.

Amity observó la ensangrentada camisa y la chaqueta.

—Yo no llegaría al extremo de llamarlo «su día de suerte», pero creo que sobrevivirá. Todo un logro dadas las circunstancias. Y ahora debemos conseguir llevarlo a bordo.

Aunque su padre había muerto un año antes, Amity siempre llevaba el maletín con sus utensilios cuando viajaba al extranjero. Dicho maletín médico se encontraba en el barco, en su camarote. Una vez contenida la hemorragia, debía encontrar el modo de llevar a Stanbridge al *Estrella del Norte*.

Se puso en pie, caminó hasta la entrada del callejón y detuvo a las dos primeras personas que vio, dos isleños que iban de camino al mercado. Lo dispuso todo en cuestión de minutos. Una mirada a Stanbridge, que seguía en el callejón, les indicó a los hombres lo que había que hacer.

Con la ayuda de dos amigos, ambos pescadores, trasladaron al casi inconsciente Stanbridge de vuelta al barco en una camilla improvisada que hicieron con una red de pesca. Amity les agradeció el esfuerzo con una generosa propina, pero parecieron más entusiasmados con su sentido agradecimiento que con el dinero.

Unos cuantos miembros de la tripulación del *Estrella del Norte* trasladaron a Stanbridge a su camarote y lo dejaron en la estrecha litera. Amity pidió que le llevaran el maletín médico que se encontraba en su camarote. Cuando lo hicieron, se dispuso a limpiar la herida y a cerrarla, aplicando varios puntos de sutura. Stanbridge gimió de vez en cuando, aunque se mantuvo inconsciente la mayor parte del tiempo.

Amity sabía que el paciente era todo suyo. Ya no había médico a bordo del barco. El médico del *Estrella del Norte*, un hombre de rostro rubicundo y gordo, proclive al tabaco y a la bebida, había muerto de un ataque al corazón poco después de que el barco zarpara del último puerto en el que había hecho escala. Amity había ocupado su lugar en la medida de lo posible, y había tratado las distintas heri-

das y algún que otro brote de fiebre que había sufrido la tripulación.

En el barco viajaban pocos pasajeros, casi todos británicos o estadounidenses. Algunos más embarcarían cuando el barco atracara en otras islas durante la travesía, pero era poco probable que el capitán Harris pudiera encontrar otro médico antes de llegar a Nueva York.

La fiebre apareció más o menos hacia la medianoche. La piel de Stanbridge adquirió una temperatura alarmante al tacto. Amity mojó un trapo en el agua fresca que le habían llevado y lo colocó sobre la frente del paciente. El señor Stanbridge abrió los ojos. La miró con una expresión desconcertada.

—¿Estoy muerto? —preguntó.

—Ni por asomo —le aseguró ella—. Está a salvo, a bordo del *Estrella del Norte*. Vamos rumbo a Nueva York.

—¿Está segura de que no he muerto?

—Segurísima.

—No me mentiría sobre algo así, ¿verdad?

—No —respondió ella—. No le mentiría sobre algo tan importante.

—¿La carta?

—Segura en mi maletín.

La miró fijamente durante un buen rato. Después, pareció llegar a una conclusión.

—Tampoco me mentiría sobre eso —dijo.

—No. Tanto usted como su carta llegarán a Nueva York, señor Stanbridge. Le doy mi palabra.

—Hasta entonces, prométame que no le mencionará la carta a nadie.

—Por supuesto que no la mencionaré. La carta es un asunto personal suyo, señor.

—No sé por qué, pero creo que puedo confiar en usted. En todo caso, parece que no me queda alternativa.

—Señor Stanbridge, su carta estará segura conmigo. A cambio, debe prometerme que se recuperará de la herida.

Aunque no estaba segura, juraría que el señor Stanbridge estuvo a punto de sonreír.

—Haré todo lo posible —replicó él, tras lo cual cerró los ojos de nuevo.

Amity le quitó el trapo, lo humedeció otra vez y lo usó para refrescarle las partes del torso y de los hombros que el vendaje no cubría y que estaban acaloradas por la fiebre.

Alguien llamó a la puerta del camarote.

—Adelante —dijo ella en voz baja.

Yates, uno de los dos asistentes, asomó la cabeza.

—Señorita Doncaster, ¿necesita algo más? El capitán me ha dicho que ponga a su disposición cualquier cosa que necesite.

—De momento es todo, señor Yates. —Sonrió—. Ha sido usted muy amable. He limpiado la herida en la medida de lo posible. Los puntos de sutura han detenido la hemorragia. De momento, está en manos de la naturaleza. Por suerte, el señor Stanbridge parece gozar de una constitución fuerte.

—El capitán dice que Stanbridge habría muerto en Saint Clare si no lo hubiera encontrado en aquel callejón, embarcado en el *Estrella del Norte* y cosido el agujero que tenía en el costado.

—Sí, bueno, dado que no ha muerto, no tiene sentido reflexionar sobre lo que habría podido pasar.

—No, señora. Pero no es el único pasajero a bordo que tiene motivos para estarle agradecido. La tripulación sabe que gracias a usted Ned *el Rojo* no murió de fiebre la semana pasada y que el señor Hopkins no perdió el brazo después de que se le infectara la herida. El capitán no para de decirle a todo el mundo que le gustaría que se quedara usted en el *Estrella del Norte*. La tripulación estaría encantada si lo hiciera, es un hecho confirmado.

—Gracias, señor Yates. Me alegro de poder ser de ayuda, pero debo regresar a Londres.

—Sí, señora. —Yates inclinó la cabeza—. Llame si me necesita.

—Lo haré.

La puerta se cerró una vez que el hombre se marchó. Amity extendió el brazo para coger otro trapo húmedo.

La fiebre bajó hacia el amanecer. Satisfecha porque el señor Stanbridge estuviera fuera de peligro, al menos de momento, Amity se acurrucó en el único sillón del camarote e intentó dormir un poco.

Se despertó sobresaltada. La abrumó una sensación extraña que le puso los nervios de punta. Parpadeó varias veces y aguzó el oído en un intento por descubrir qué la había sacado de su inquieto sueño. Solo escuchó el zumbido de los enormes motores de vapor del *Estrella del Norte*.

Estiró las piernas y se sentó con la espalda tiesa. Stanbridge la observaba desde la litera. Comprendió que era eso lo que la había despertado. Había percibido su mirada.

Se sintió un poco azorada. Para disimular la incomodidad del momento, se alisó las tablas de su vestido marrón de viaje.

—Señor Stanbridge, lo veo muy mejorado —comentó.

Era cierto. Sus ojos ya no tenían una expresión enfebrecida, pero había otro tipo de ardor en su mirada. Algo que le provocó cierta emoción y un escalofrío en la nuca.

—Me alegra saber que parezco haber mejorado. —Se cambió de posición en la litera. Su rostro se tensó por el dolor—. Porque, ciertamente, me encuentro fatal.

Amity miró el maletín médico que había dejado en la cómoda.

—Me temo que puedo hacer poco para mitigar el dolor. Apenas me quedan suministros. Tengo un poco de morfina, pero los efectos durarán poco.

—Ahórrese la morfina, gracias. Prefiero tener la cabeza despejada. No estoy seguro de haberme presentado correctamente. Benedict Stanbridge.

—El capitán Harris me dijo su nombre. Un placer conocerlo, señor Stanbridge. —Sonrió—. Dadas las circunstancias, tal vez sea exagerado decir que es un placer, aunque es mejor que la alternativa. Soy Amity Doncaster.

—¿Doncaster? —Esa cara tan interesante adquirió una expresión concentrada al fruncir el ceño—. ¿Por qué me resulta familiar ese apellido?

Amity carraspeó.

—He escrito varios artículos de viaje para *El divulgador volante*. Quizás haya leído alguno.

—No lo creo. No leo esa basura.

—Entiendo —replicó, ofreciéndole su sonrisa más fría.

Él tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—La he insultado. Nada más lejos de mi intención, se lo aseguro.

Amity se puso de pie.

—Llamaré al asistente. Lo ayudará con sus necesidades personales mientras yo voy a mi camarote para asearme un poco y desayunar.

—Espere un momento, ya sé por qué conozco su apellido. —Benedict parecía satisfecho consigo mismo—. Mi cuñada mencionó sus artículos. Es una gran admiradora suya.

—Me alegra escucharlo —replicó Amity con voz fría.

Tiró con fuerza del cordón de la campanilla y se recordó que Benedict se estaba recuperando de una herida importante y que, por tanto, no podía echarle en cara sus malos modales. Sin embargo, ser consciente de ese hecho no apaciguó su irritación.

Benedict miró el maletín que ella había dejado sobre la cómoda.

—La carta que le di para que la guardara —dijo—. ¿Todavía la tiene?

—Sí, por supuesto. ¿La quiere?

Sopesó la pregunta un instante y después negó con la cabeza.

—No. Déjela en el maletín, por si acaso...

—¿Por si acaso qué, señor Stanbridge?

—La travesía hasta Nueva York es larga y tal vez sufra una recaída —contestó.

—Es poco probable.

—De todas formas, prefiero tener un plan para lidiar con dicha eventualidad.